

La velada de armas.

Estamos en el fin de una comida de amigos en el salon de la prendería. El viejo Leemans, cuando está solo, come una cortecilla de pan al extremo de la mesa de la cocina enfrente de la Darnet, sin mantel, sin servilleta; cuando tiene gente, como aquella tarde, la cuidadora auvernesa, quita murmurando las blancas fundas, guarda preciosamente las alfombrillas, y prepara la mesa delante del retrato del «Señor» en la tranquila sala de cura entregado por algunas horas á los olores del fricandó con ajos y á discusiones muy levantadas tambien, en el calor de los bajos revoltillos del dinero.

Desde que se prepara «La gran jugada», son muy frecuentes aquellas comidas en la prendería. Era bueno para aquellos negocios entablados á medias, verse amenizado, concertarse; en ninguna otra parte lo harian con tanta seguridad, como en el fondo de aquella pequeña calle de Eginhard, perdida en el pasado del viejo París... Allí, al ménos, se puede hablar alto, discutir, combinar... Es que el resultado se halla próximo...

¡Dentro de algunos dias... qué!... dentro de algunas horas la renuncia quedará firmada, y el negocio que ha devorado ya tanto dinero, empezará á producir otro tanto más. La seguridad del triunfo enciende los ojos y la voz de los convidados con una dorada alegría, hace más blanco el mantel, el vino mejor. Una verdadera comida de boda, presidida por el tío Leemans y Pichery, su inseparable, una cabeza de palo tiesa y peinada á lo húngaro, sobre un cuello de crin, algo como militar y «paso franco» aspecto de oficial retirado. Profesion: usurero en cuadros, oficio nuevo, complicado, perfectamente aplicado á las manías de arte de nuestro tiempo. Cuando un hijo de familia está por puertas, raspado, afeitado, se dirige á casa de Pichery, comerciante de cuadros, suntuosamente instalado en la calle Laffitte.

—¿Teneis algun Corot, un auténtico Corot?—Tengo manía por ese pintor.

—¡Ah! ¡Corot!...—dice Pichery cerrando sus ojos de pescado muerto con una admiracion excitante; luego, de pronto, cambiando de tono:—Justamente tengo lo que necesitáis:—y sobre un gran caballete le enseña un boceto Corot, un amanecer entre plateadas brumas y ninfas bailando bajo los sauces. El gomoso se pone el lente y aparenta admirar:

—¡Chic!... ¡muy lindo!... ¿Y cuánto?

—Cincuenta mil francos,—dice Pichery sin pestañear. El otro tampoco pestañea.

—¿A tres meses?

—A tres meses con garantías.

El gomoso extiende su pagaré; lleva el cuadro á su casa ó á casa de su querida, y durante todo el dia tiene el placer de decir en el círculo, en el boulevard, que acaba de comprar un «Corot hasta allí.» Al dia siguiente, entrega su Corot en el Hotel de ventas, en donde Pichery le hace rescatar por diez ó doce mil francos, que es su verdadero precio. Es la usura á un grado extremo, pero la usura permitida y sin peligros. Pichery no está obligado á saber si el aficionado compra seriamente ó no. Ven-

de su Corot muy caro, «cuero y pelo,» como se dice en este lindo comercio; está en su derecho, porque el valor de un objeto de arte es discrecional. Además tiene gran cuidado de no entregar más que mercaderías auténticas; instruido por el tío Leemans, que le proporciona además todo su vocabulario artístico, extraño en la boca de aquel soldado, que pesca en medio de la joven Goma y toda la gente vendible del barrio de la Opera, muy necesaria á sus tráficos.

Al otro lado del patriarca Leemans, Séfora y su marido, acercando sus sillas y sus vasos, juegan á los enamorados. ¡Se vén tan raramente desde el principio del negocio! Si Tom Levis, que para todos se halla en Lóndres, vive encerrado en su villa de Courbevoie, pesca con caña durante todo el día á falta de tontos á quien engañar, ó se ocupa en dar á los Spricht terribles chascos. Séfora, vestida como una reina, esperando al rey á toda hora, ceremoniosa y enjaezada, lleva una alta vida *semi-mundana*, tan cansada y tan poco divertida que aquellas damas siempre buscan modos para soportar los largos paseos poco frecuentados ó aprovechar sus momentos de corazón. Pero la condesa de Spalato no tiene igual en la ciudad. Ella no puede frecuentar las de su ralea ni las clasificadas del mundo del libertinaje; las mujeres honradas tampoco la tratan, y Christian II, tampoco podría soportar á su alrededor aquel enjambre de ociosos que componen los salones á que no asisten más que hombres. Así es que siempre está sola en sus gabinetes de pintados techos, de espejos rodeados de guirnaldas de flores y de amorcillos entre nubes, que nunca refleja otra imagen que la suya, indolente y fastidiada del platónico sentimiento que el rey consume á sus piés, como esos perfumes para la jaqueca que arden en pebeteros de oro. ¡Ah! De buena gana cambiaría aquella vida soberanamente triste por el pequeño subsuelo de la calle Real, con su payaso ejecutando enfrente de ella su danza de las grandes jugadas! Apenas si ella puede escribirle, tenerle al corriente del negocio y de sus progresos.

Ved cuán feliz es aquella tarde y cómo se oprime contra él, le excita, le anima: «¡Vamos, hazme reir!» Y Tom se agita mucho, pero su charla no es franca, y cae á cada paso en una idea incómoda, que á nadie manifiesta y que nadie puede adivinar... ¡Tom Levis está celoso! Sabe muy bien que no puede haber nada aun entre Christian y Séfora, que ésta es bastante diestra para entregarse sin garantía, pero el momento psicológico se acerca; en cuanto el papel esté firmado, preciso es cumplir lo prometido. Y á fe que nuestro amigo Tom siente inquietudes, muy extrañas en un hombre desprovisto y desnudo de toda preocupación, de toda delicadeza. Siente escalofrios de miedo al mirar á su mujer, que nunca le ha parecido tan linda con su magnífico traje y el título de condesa que parece pulir sus facciones, aclarar sus ojos, relevar su sedosa cabellera bajo la corona con puntas de perlas. Evidentemente J. Tom Levis no está á la altura de su papel, y no tiene bastante fuertes sus hombros para aquel empleo. Por un nada sería capaz de llevarse á su mujer, y que todo se lo llevase la trampa. Pero le detenía la vergüenza, el miedo del ridículo, y además ¡había tantos fondos comprometidos en el asunto! El desgraciado se debate azotado por aquellos escrúpulos de que la condesa jamás le hubiera creído capaz; él afecta una gran alegría, gesticula con el puñal clavado en el corazón, anima la mesa contando algunos de los buenos juegos de la agencia, y concluye por incitar, tanto al viejo Leemans y al glacial Pichery, que éstos sacan del saco sus mejores farsas, sus mejores mistificaciones hechas á los aficionados.

¿No es verdad que allí se está entre asociados, entre compadres, y apoyados todos en la misma mesa? Pues bien, á contarle todo, á describir los pisos superiores del Hotel, sus trampas, sus puertas secretas, la coalición de comerciantes al por mayor, rivales en apariencia, sus ardides, sus contratos de auverneses, aquella misteriosa masonería que pone una verdadera barrera de grasientos cuellos y levitas raidas entre el objeto raro y el capricho del comprador, á quien se obliga á cometer

locuras, y á gastar grandes sumas. Es un asalto de cínicas historias, una lucha al más diestro, al más canalla.

—¿No os he contado *la* de mi linterna egipcia con Mora?— pregunta el tío Leemans apurando su café á sorbitos; y entabla por la centésima vez—como los soldados viejos su campaña favorita,—la historia de aquella linterna que un levantino en apuros le cedió por dos mil francos y que él vendió el mismo día por cuarenta mil al presidente del Consejo con una doble comision de quinientos del levantino y cinco mil del duque. Pero lo que hace el encanto de la relacion son los ardidés, los giros, la manera de calentar la cabeza del cliente rico y vanidoso. «Sí... sin duda, es una hermosa pieza... pero cara... demasiado cara... Os lo ruego, señor duque... dejad que otro cometa la locura de comprarla... Estoy seguro que los Sismondo... ¡Ah!... es un precioso trabajo... estos chasis movibles... esta cadena cincelada...» Y el viejo, animándose con las risas que sacuden la mesa, ojea sobre el mantel una pequeña agenda gastada en sus bordes, en la que su inspiracion se alimenta con la ayuda de una fecha, un número, un nombre. Todos los más famosos aficionados están allí clasificados como las novias de gran dote en el registro de M. Foy, con sus particularidades, sus manías, los rubios y los morenos, los que es preciso despedir y los que no creen en el valor de un objeto si no es muy caro, el aficionado escéptico, el aficionado tonto, al que se puede decir al venderle un papel de cigarro... «¡Guardadlo bien... cuidado que no os lo roben!...» Aquella agenda valía un tesoro.

—Oye, Tom,—dijo Séfora á su marido, á quien queria hacer brillar,—¿por qué no cuentas la aventura de tu llegada á París? Ya sabes, tu primer negocio, el de la calle |Souflet.

Tom no se hizo de rogar, se vertió una copa de aguardiente para hacer voz, y contó que hacia una docena de años, al volver de Lóndres, perdido y casi desnudo, con su último duro en el bolsillo, supo por un antiguo camarada, que encontró en una taberna inglesa próxima á la estacion, que las agencias se ocupa-

ban de un gran negocio, del matrimonio de Mlle. Beaujars, hija de un contratista, que tenía doce millones de dote, y que se le habia metido en la cabeza casarse con un gran señor, un verdadero señor. Se prometia una comision magnífica, y muchos lebreles se habian lanzado sobre la pista. Tom no se desconcertó; entra en un gabinete de lectura, ojea todas las guías de Francia, el Gotha, el Bottin, y concluye por descubrir una antigua, muy antigua familia, ramificada con las más célebres y domiciliada en la calle Souflet. La desproporcion del título con el nombre de la calle le hizo adivinar una decadencia ó una miseria: ¿En qué piso vive el señor marqués de X...? Hizo el sacrificio de su última moneda blanca, y obtuvo del portero algunos informes. Gran nobleza, en efecto... viudo... un hijo que sale de Saint-Cir, y una niña de diez y ocho años muy bien educada... «Dos mil francos de alquiler, gas, agua y barrido,» añade el portero, para quien todo aquello entra en la dignidad del inquilino... «Es todo lo que necesito...» se dice Tom Levis, y sube, á la verdad, un poco conmovido del aspecto de la escalera, con una estatua á la entrada y asientos en todos los descansillos, un lujo de casa moderna con el que contrastaba ciertamente su raída levita, sus zapatos haciendo agua, y su muy delicada comision.

—A medio camino,—decia el narrador,—tuve la tentacion de volverme atrás... Luego me decidí á tentar el golpe. Yo me dije: tienes talento, aplomo, necesitas ganar la vida... haz, pues, honor á tu inteligencia. Y subí los escalones de cuatro en cuatro. Me introdujeron en un gran salon, que bien pronto inventarié. Dos ó tres antiguallas, restos pomposos, un retrato de Largilliere, y sobre todos, mucha miseria; el diván enseñando los muelles, las butacas sin reenchido, la chimenea más fría que un mármol. En esto llega el dueño de la casa, un buen viejo muy majestuoso, Samson en la comedia de Jorge Sand, *Mlle. de la Seiglière*. «¿Teneis un hijo, señor marqués?...» Desde las primeras palabras, Samson se levanta indignado; yo pronuncio la suma, doce millones, y esto le hace sentar, y nos ponemos á

hablar... Empieza manifestándome que no tiene una fortuna igual á su nombre, veinte mil francos de renta todo lo más, y que no sentiría el restaurar su blason. El hijo llevaría cien mil francos de capital... «¡Oh! señor marqués... el nombre basta...» Despues fijamos el precio de mi comision y yo me levanto porque tengo necesidad de irme pues me esperan en mi oficina... Mi oficina y no sabia dónde dormiría aquella noche! Pero ya en la puerta, el viejo me detiene; y con tono de buen muchacho, «Vamos,—me dice,—me pareceis un buen sujeto... Y me atrevo á proponeros... Deberíais casar tambien á mi hija. No tiene dote; por que, á decir verdad, exajeraba cuando os decia hace poco que contaba con veinte mil francos de renta... Ojalá llegase á la mitad... Pero puedo disponer de un título de conde romano para mi yerno. Además, si pertenece al ejército, mis lazos de parentesco con el ministro de la Guerra, me permiten asegurarle un adelantado formal...» Cuando concluí de tomar mis notas, «Contad conmigo, le dije, señor marqués...» Y me dispuse á salir... Una mano se colocó en mi hombro... Me vuelvo. Samson me miraba riendo, pero con una risa... «Y yo, ¿no soy nadie? me dijo...» «Cómo, ¿el señor marqués quiere?... Sí, aún estoy fuerte, y si hallase alguna buena ocasion...» Concluyó confesándome que estaba acibillado de deudas, sin un céntimo para pagarlas... «Y bien, mi querido Tom, si descubris alguna buena señora del comercio que tenga algunas economías, soltera ó viuda, enviádmela con su saco... la haré marquesa...» Cuando salí de allí, mi educacion estaba completa. Habia comprendido cuánto se podia hacer en la sociedad parisien; y la agencia Levis quedó moralmente fundada...»

Era una historia maravillosa contada, ó más bien representada por Tom Levis. Se levantaba, se volvia á sentar, imitaba la majestad del viejo noble, bien pronto degenerada en un cinismo de bohemio, su manera de desplegar su pañuelo entre las rodillas para cruzar las piernas una sobre otra, y aquel modo de hablar tres veces de la nada de sus verdaderos recursos. Se

hubiera creído ver una escena del «Sobrino de Rameau» (1), pero un sobrino de Rameau del siglo diez y nueve, sin peluca, sin gracia, sin violin, con algo de duro, de feroz en la aspereza de la entonacion de perro de presa inglés, que entraba en los sarcasmós del antiguo indígena de las cloacas de París. Los otros se reian, se divertian en extremo sacando de la relacion de Tom reflexiones filosóficas y cínicas.

—Ya lo veis, hijos míos, decia el viejo Leemans, si todos los prenderos se entendiesen, serian los dueños del mundo. Se trafica con todo en los tiempos en que vivimos. Es preciso que todo venga á nosotros, que todo pase por nuestras manos, dejando en ellas parte de la piel... Cuando pienso en los innumerables negocios que se han hecho desde hace cuarenta años en este agujero de la calle de Eginhard!... ¡Cuando recuerdo todo la que he fundido, vendido, recompuesto, cambiado!... No me faltaba más que negociar sobre una corona, y esta ya la tenemos.

Y se levantó con el vaso en la mano, con los ojos brillantes y feroces:

—¡Brindo á la prendería, hijos míos!

En el fondo, la Darnet, á la escucha con su negra cofia de Cantal, todo lo espiaba, todo lo oia, se instruía sobre el comercio; porque pensaba establecerse en cuanto su amo cerrase el ojo, y establecer una prendería por su cuenta.

De pronto resonó la cascada campanilla como un viejo acatarrado que se ahoga. Todos se sobresaltaron. ¿Quién podia llamar á aquellas horas?

—Es Lebeau,—dijo Leemans...—Solo él puede...

Con grande algazara fué recibido el lacayo, á quien no habian visto hacia tiempo, y que entró pálido, lívido, rechinando los dientes, con un aire desalentado y de muy mal humor.

—Siéntate, mi viejo,—dijo Leemans haciéndole sitio entre él y su hija.

(1) Balzac.

—¡Demonio!—dijo el otro al ver sus animados rostros, la mesa y los restos del festín.—Parece que la gente se divierte.

El tono fúnebre con que hizo aquella observación sorprendió á todos causándoles alguna inquietud.

—¿Y por qué no nos hemos de divertir? ¿Por qué hemos de estar tristes?

Lebeau parecía estupefacto.

—¿Cómo?... ¿No sabéis nada?... ¿Cuándo habeis visto al rey, condesa?

—Esta mañana... ayer... todos los días...

—¿Y no os ha dicho nada de la terrible explicación?...

Entonces, en dos palabras, les cuenta la escena de la destrucción del acta por medio del fuego, y, por consecuencia, el fracaso del negocio.

—¡Ah! ¡pillo! ¡se ha burlado de mí!...—dijo Séfora.

Tom, algo inquieto, mira á su mujer hasta el fondo de los ojos. Por desgracia, ¿habrá tenido la debilidad de...? Pero la dama no está de humor para explicarse sobre esto, entregada como se halla á su cólera, á su indignación contra Christian, que hace ocho días se embrolla en una serie de mentiras para explicar por qué aun no está firmada el acta de renuncia. ¡Oh!... ¡Cobarde... cobarde y embusterol!... Pero, ¿por qué Lebeau no los ha prevenido?

—¡Ah! Sí, ¿por qué?—dice el lacayo con su repugnante sonrisa.—Trabajo me hubiera costado preveniros... Hace días que recorro los caminos... quinientas leguas sin respirar, sin apear-me... Y luego que no tenia medio de escribiros, vigilado como me hallaba por un horrible frañle, un padre franciscano que huele á chotuno y maneja el puñal como un bandido... El espiaba todos mis movimientos, no me quitaba los ojos de encima ni un segundo, bajo pretexto de que no sabe bastante francés para andar sólo y hacerse entender... La verdad es que desconfían de mí en San Mandé, y que se han aprovechado de mi ausencia para urdir un gran plan.

—¿Un plan?... ¿Qué plan?—preguntaron todos.

—Se trata, según creo, de una expedición á Dalmacia... Es ese diablo de gascon quien les ha calentado los cascos. ¡Oh! yo bien decia que debiéramos habernos desembarazado de él primero que nada.

Por más cuidado que hubieran tenido de ocultarse de él, el lacayo habia oido hacia algun tiempo preparativos en el aire, cartas que salen á cada momento, conciliábulos misteriosos. Un día, al abrir un álbum de acuarelas que aquella aturdida de Rosen dejó sobre una banqueta, vió proyectos de uniformes, figurines dibujados por ella, *voluntarios de Iliria, dragones de la fe, blusas azules, coraceros del buen derecho*. Otro día sorprendió una grave conversacion entre la princesa y Mme. de Silvis, sobre la forma y color de las escarapelas. De todo esto, de una palabra por aquí, otra palabra por allá, concluyó que se preparaba una gran expedición, y el viaje que acababa de terminar seguramente no era extraño al proyecto. El hombre negro, una especie de jorobado á quien habia ido á buscar á las montañas de Navarra, debia ser algun célebre hombre de guerra, encargado de conducir el ejército bajo las órdenes del rey.

—¿Cómo, el rey partirá tambien?—exclamó el tío Leemans mirando á su hija con desprecio.

Un tumulto de palabras siguió á esta exclamación.

—¿Y nuestro dinero?

—¿Y los pagarés?

—¡Eso es una infamia!

—¡Eso es un robo!

Y como en estos tiempos, la política es el plato de Esopo que se pone en todas partes, Pichery, muy imperialista, apostrofó á la República, tieso como un carton en su corbatin de ballena.

—¡No hubiera sucedido eso en tiempo del Imperio! ¡Cómo! ¡Amenazar la tranquilidad de una nacion vecina!

—Seguramente,—decia Tom con gravedad,—que si esto se

supiese en la Presidencia, no lo consentirían... Es preciso prevenir... moverse...

—Sí, ya he pensado en ello,—dijo Lebeau; —desgraciadamente no sé nada de positivo, de fijo, de preciso. No se me escuchará. Y luego que nuestras gentes desconfían... tienen tomadas todas sus precauciones para alejar toda sospecha. Así, esta noche, celebran el aniversario de la reina... Dan una gran fiesta en el hotel Rosen... ¡Id á decir á las autoridades que todos aquellos bailarines conspiran y preparan batallas!... Sin embargo; algo extraordinario se maquina en este baile.

Sólo entonces notaron que el lacayo estaba en traje de ceremonia, escafpines finos, corbata blanca; estaba encargado de la organizacion del bufet, y debia volver inmediatamente á la isla de San Luis. De pronto, la condesa que estaba reflexionando, exclama:

—Decidme, Lebeau... si el rey parte, vos lo sabreis, ¿no es eso?... Os avisarán, aunque no sea más que para cerrar la maleta... Pues bien, prevenidme una hora antes, y juro que la expedición no tendrá lugar.

Esto lo dijo con su voz tranquila, con una decision lenta, pero firme. Y mientras que J. Tom Levis, pensativo, se pregunta por qué medio Séfora podrá impedir la marcha del rey; mientras que los otros asociados calculan lo que les costará la no realizacion del negocio, maese Lebeau, volviendo al baile, corre sobre la punta de sus escafpines á través de aquel dédalo de callejuelas negras cortadas por viejos techos, salientes balcones, portones con escudos, todo aquel barrio aristocrático del último siglo, trasformado en fábricas, en talleres, que sacudido durante el dia por pesados camiones y el hormigueo de un pueblo pobre, recobra por la noche su carácter de curiosa ciudad muerta.

La fiesta se veía y oía desde lejos; fiesta de verano, fiesta de noche que enviaba á las dos riberas del Sena sus estendidas ondas sonoras, así como su luz color rojo de incendio, en aquella

extremidad de la isla que parece, adelantada sobre el nivel del agua, la redonda y alzada popa de un gigantesco navío anclado. Al aproximarse se distinguían las altas ventanas luciendo sus lambrequines de damasco, los mil fuegos de color en guirnaldas de faroles y linternas colgadas en los seculares faroles del jardín, y sobre el malecon de Anjou, ordinariamente dormido á aquella hora, las linternas de los carruajes interrumpiendo la oscuridad de la noche con sus pequeños é inmóviles fanales. Desde el casamiento de Herberto, el Hotel Rosen no habia visto una semejante fiesta, y aun la de esta noche era más vasta, más concurrida, abiertas todas las puertas y ventanas sobre el esplendor de una noche estrellada.

El piso bajo formaba una galería de salones en fila, altos como catedrales, adornados con pinturas y dorados antiguos, en donde lucernas de Holanda y Venecia, lámparas de mezquitas colgadas de los rosetones de la techumbre, iluminaban una extraña decoracion; colgaduras de reflejos verdes, oro y rojo, pesadas cajas de plata maciza, marfiles encuadrados, procedentes de profundas escavaciones, viejos espejos con ennegrecido azogue, relicarios, estandartes, riquezas del Montenegro y la Herzegovina, que el gusto parisien habia sabido agrupar, reunir, sin que hubiese nada de chillon ni exótico. La orquesta, colocada sobre una tribuna de un antiguo oratorio, que recordaba el de Chénonceaux, se rodeaba con los oriflomas que cubrían los sillones reservados al rey y á la reina; y formando contraste con todo aquel pasado, con todos aquellos reflejos de ricas antigüedades, que hubieran entusiasmado al tío Leemans, walses del dia, arrebataadores y frenéticos, walses de largas colas de encajes, ojos brillantes y fijos en el vapor de rizados cabellos, pasaban y repasaban como un desafío de la deslumbrante juventud, con visiones rubias, suaves y flotantes, y morenas apariciones de palidez anacorada. De tiempo en tiempo, de aquella madeja de bailarines lanzados, girando cual planetas, de aquella mezcla de telas de seda que entromete en la música de los bailes cierto fascinador y misterio-

so cochicheo, una pareja se separaba, atravesaba la alta puerta ventana, recibía sobre sus dos cabezas, inclinadas en sentido inverso, el blanco relámpago del fronton en que la cifra de la reina se ostentaba al caprichoso dibujo del gas, y continuando por los paseos del jardín el ritmo del baile con cierta vacilación, ciertas paradas, causadas por la distancia del sonido, hacia del wals al fin, una marcha cadenciosa, sin paseo armónico por entre los sotillos embalsamados por rosas y magnolias. En suma, aparte de la rareza de la decoración, prescindiendo de algunos tipos de mujeres extranjeras, no había allí, á primera vista, mas que una de aquellas kermeses mundanas que el Faubourg-San German, representado en el hotel Rosen por sus nombres más antiguos, los más pomposos, dá algunas veces en sus viejos jardines de la calle de la Universidad, donde los bailes pasan de los encerrados pavimentos á los céspedes del jardín, donde el frac negro no desdice con pantalon claro, fiestas al aire libre, mucho más libres, mucho más exuberantes que las otras.

Desde su alcoba del segundo piso, el viejo duque, atormentado hace ocho dias por una crisis sciática, escuchaba los ecos de su baile, ahogando bajo las mantas gritos de dolor y maldiciones de cuartel contra aquella irónica crueldad del mal que le enclavaba en su lecho en semejante dia, y le ponía en la imposibilidad de reunirse á toda aquella bella juventud que debía partir al siguiente dia. La contraseña estaba dada, escogidos los puestos de combate, aquel baile era un adios, una especie de bravata á los desastres de la guerra, al mismo tiempo que una precaucion contra las curiosidades de la policia francesa. Si el duque no podía acompañar á los voluntarios, se consolaba pensando que su hijo Herberto sería de la partida y sus escudos tambien, porque sus majestades habían consentido que se encargase de los gastos de la expedicion. Sobre su cama, revueltas con mapas del Estado mayor, con planos estratégicos, se hallaban facturas de fornituras, de cajas de fusiles, de calzado, de mantas, de víveres de campaña, que examinaba cuidadosamente con ter-

ribles fruncimientos de bigotes; el heroico rasgo del realista luchaba contra sus instintos de parsimonia y economía. Algunas veces, una cifra ó un dato le faltaban; entónces hacia subir á Herberto, pretexto para tener á su lado por algunos minutos á aquel gran niño que se separaría de él por primera vez al dia siguiente, al que acaso no volvería á ver más, y por quien experimentaba una inmensa ternura, mal disimulado en su acogida silenciosa y majestuosa. Pero el príncipe no estaba mucho tiempo allí, porque tenía prisa por bajar á hacer los honores de su casa, y sobre todo, porque no quería perder nada en las cortas horas que podía pasar aún al lado de su querida Coletta.

De pié con él, en el primer salon, ella le ayudaba á recibir á los convidados de su padre, más linda, más elegante que nunca, oprimida en su estrecha túnica de antiguo encage, hecha de un alba de un obispo griego, cuyo mate reflejo sentaba perfectamente á su frágil belleza, marcada aquella noche con un sello de misterio casi grave. Aquella reposaba sus facciones, oscurecía sus ojos del mismo azul que una pequeña escarapela que juguetaba en sus cabellos debajo de una aguja de diamantes..... ¡Chust!... una escarapela de voluntario Ilirio, un modelo adoptado para la expedicion y dibujado por la princesa... ¡Ah! hacía tres meses que no había parado un momento la pobrecilla. Copiar proclamas; llevarlas ocultamente al convento de los franciscanos, dibujar trajes, banderas, despistar á la policia, á quien creía tener siempre sobre los talones, así es como cumplía su papel de gran dama realista, inspirada por sus antiguas lecturas del Sagrado Corazon. Un solo detalle faltaba á aquel programa de bandolerismo vandeano; ella no podía partir, segun Herberto. Porque ahora solo era Herberto, nada más que Herberto; por un beneficio de la naturaleza ya se pensaba tanto en *el otro* como en el desgraciado tití, destrozado tan cruelmente en el vecino ribazo. La alegría de endosar un traje de hombre y calzar grandes botas de charol, estaba rehusada á Coletta, por dos razones: una, su servicio al lado de la reina; otra, muy íntima,

murmurada la víspera al oído del ayudante de campo. Sí, sí; no era una alucinación, en un lapso de tiempo, fácil de calcular, tomando el día de la sesión académica como punto de partida, la raza de los Rosen contaría con un representante más, y no se podía exponer una esperanza tan querida, tan preciosa, á las fatigas de una expedición que no se terminaría sino algunas ruinas y sangrientas estocadas, así como tampoco se podía aceptar una vuelta de wals en los espléndidos salones. Muchos secretos eran estos para una mujer, y á pesar del misterio de sus lábios, sus ojos adorablemente habladores, la manera lánguida con que se apoyaba en el brazo de Herberto, parece como que tenían deseos de contarlo todo.

De repente la orquesta se calla; el baile se detiene; todo el mundo se halla de pié para la entrada de Christian y Federica. Ambos atraviesan los tres salones resplandecientes de riquezas nacionales, en donde la reina ha podido ver por todas partes su cifra bordada de flores, luces, pedrerías, todo lo que habla de la patria, de las glorias; y ahora se detienen á la entrada del jardín... Jamás la monarquía ha sido representada de una manera más alta, más brillante; una verdadera pareja para ser grabada en la moneda de un pueblo, en el fronton de una dinastía. La reina, sobre todo, está admirable, rejuvenecida en diez años con su espléndido traje blanco, y sobre los hombros, por toda joya, un pesado collar de ambar, del que pende una cruz. Ofrecido y bendito por el Papa, este collar tiene su leyenda que los fieles se cuentan por lo bajo. Federica lo ha usado todo el tiempo del sitio de Ragusa, dos veces perdido y milagrosamente hallado, bajo el fuego de la batalla. Ella adhiere á esto una gran superstición, y ha hecho un voto de reina de usarlo siempre, sin preocuparse del efecto encantador de aquellas perlas doradas tan cerca de sus cabellos, cuyos reflejos parecen robar.

Mientras que los reyes están allí, de pié, radiantes, admirando la fiesta y la vista del jardín mágicamente iluminado, del medio de un cotillo de rododendros, parten súbitamente tres

acordes, bizarros, desgarradores, enérgicos. Todo lo que hay de slavo en la asamblea se extremece al reconocer el sonido de las guzlas, cuyos largos mangos se entrecruzan á través del sombrío ramaje.

Aquello empieza con un preludeo murmurador, un desborde de lejanas ondas sonoras que se adelanta, crece, aumenta, se estiende. Se diría una pesada nube cargada de electricidad, que de tiempo en tiempo, á impulsos del arco, lanza relámpagos, de donde brota luego el ritmo borrascoso, heroico del aire nacional, himno y baile á la vez, aquel aire de Rodoítza, que allá abajo es de todas las fiestas, de todas las batallas, y representa perfectamente el doble carácter de su antigua leyenda: el heiduco Rodoítza, caído á los piés de los turcos, haciéndose el muerto para huir. Se enciende lumbre sobre su pecho; el heiduco no se mueve. Deslizan en su seno una serpiente, escitada por el sol, le clavan veinte astillas entre las uñas; conserva su inmovilidad de piedra. Entonces hacen venir á Haikouna, la más grande, la más bella niña de Zara, que se pone á danzar cantando el aire nacional Ilirio. Desde los primeros compases, desde que Rodoítza oye tintinear los cequines del collar de la hermosa, reunir las tranjas de su cinturón, se sonríe, abre los ojos y sería perdido, si la bailarina en un paso rápido, no hubiese arrojado sobre su rostro que se anima el pañuelo de seda, con que marca y corona su danza. El heiduco fué salvado, y hé aquí por qué, desde hace más de doscientos años, el aire nacional de Iliria se llama el aire de Rodoítza.

Al oír el son bajo el cielo del destierro, todos los Ilirios, hombres y mujeres, han palidecido. Aquella llamada de las guzlas, que del fondo de los salones, la orquesta acompaña en sordina, como un murmullo de las olas sobre el que chillan el pájaro de los huracanes, es la voz de la patria, llena de recuerdos y de lágrimas, de penas, de inexplicables esperanzas. Los arcos enormes, pesados, en forma de arcos de combate, no vibran sobre cuerdas vulgares, sino sobre nervios tirantes hasta romper-

se, sobre resonantes fibras. Aquellos jóvenes atrevidos, gallardos, con aspecto de heiducos, sienten todos el valor indomable de Rodóitzza, tan bien recompensado con el amor de una mujer; aquellas bellas Dálmatas, grandes como Haikouma, tienen el corazón rebotando de ternura para aquellos héroes. Y los viejos, al pensar en la lejana patria, las madres, al mirar á sus hijos, todos tienen gana de sollozar, todos, sin la presencia del rey y la reina, unian sus voces al estridente grito, á todo pulmón, que los músicos, al concluir la pieza, lanzan hasta las estrellas, en un final ramillete de acordes.

Un momento despues, vuelven á empezar las danzas, con un entusiasmo sorprendente en un mundo en que no se divierten más que por convencion y sistema. Decididamente, como dice Lebeau, hay en esta fiesta algo que sale de lo ordinario. Algo de ardiente, de calenturiento, de apasionado, que se siente al rodear los brazos á las delgadas cinturas, en el calor de las parejas, en ciertas miradas que se cruzan, hasta en la cadencia de los walses y de las mazourkas, en que de repente suena como un choque de estribos y espuelas. Hacia el fin de la fiesta, cuando la mañana filtra á través de los vidrios, la última hora del placer tiene encauzado el ardor, un desaliento embriagador; pero allí el baile comienza apenas y ya todas las manos arden en los guantes, todos los corazones laten bajo los bouquets de los corpiños ó los diamantinos broches; y cuando una pareja pasa, llena de armonía y de amor, largas miradas la siguen, sonrientes, enterrecidas.

Todos saben, en efecto, que aquellos bellos jóvenes, nobleza de Iliria desterrada con sus príncipes, nobleza francesa siempre pronta á dar su sangre por una buena causa, van á partir al amanecer para una expedición peligrosa y aventurada. Aun en caso de victoria, ¿cuántos volverán de aquellos jóvenes que se enganchan sin contarse? ¿Cuántos, antes de ocho días, morderán el polvo estendidos en las faldas de la montaña, teniendo aún en sus oídos, donde zumba la sangre vertida, el motivo embriaga-

dor de la mazourka! Es la proximidad del peligro lo que mezcla al arrebatado del baile la ansiedad de una velada de armas, lo que hace brillar en todos los ojos lágrimas y relámpagos. ¿Qué se puede negar al que parte, que acaso va á morir? Y aquella muerte que se cierne, y cuya álea azota en la cadencia de los violines, ¿cómo estrecha el abrazo y precipita la confesión! ¡Fugitivos amores, encuentros efímeros que atraviesan el mismo rayo del sol! Jamás se han visto, acaso no se volverán á ver más, y hé aquí encadenados dos corazones. Algunas bellas, las más animosas, tratan de sonreír á pesar de su emoción; pero, ¡cuánta dulzura se descubre bajo esta ironía! Y todo aquello gira, frentes encorbadas, flotantes bucles; cada pareja se cree sola, encerrada, aturdida en las mágicas vueltas de un wals de Brahms ó una mazourka de Chopin.

Otro muy excitado, muy conmovido, era Meraut, en quien el canto de las guzlas, á la vez llenas de dulzura y de energía salvaje, habia despertado el humor bohemio, aventurero que está en el fondo de todos los temperamentos meridionales, un loco deseo de ir más lejos por caminos desconocidos hácia la luz, la aventura, la batalla, de ejecutar alguna acción bizarra y extraordinaria, por la que las mujeres le admirasen. Él, que no bailaba, que tampoco se batiria, se hallaba dominado por la embriaguez de aquel baile heróico; y al pensar que toda aquella juventud iba á partir, dar su sangre, correr á un peligroso destino, mientras que él se quedaria con los viejos y los niños; al pensar que habiendo organizado toda la cruzada, la dejaria cumplir su misión sin él; todo esto le causaba una tristeza, una melancolía inexplicables. La idea se avergonzaba ante la acción. Y acaso á esta melancolía, á este gusto de morir que le imbuían las canciones y danzas slavas, contribuía bastante el esplendente orgullo de Federica, apoyada en el brazo de Christian. ¡Qué feliz se consideraba de encontrar al fin en su marido al rey y al guerrero!... ¡Haikouma, Haikouma, al choque de las armas todo lo olvidas, todo lo perdonas, mentiras, traiciones! ¡Lo que amas,

sobre todo, es el valor físico, y es á él á quien siempre arrojarás tu pañuelo humedecido con tus lágrimas ó caliente con los ligeros perfumes de tu rostrol... Y mientras él así se lamenta, Haikouma, que acababa de percibir en un extremo del salon aquella frente espaciosa de poeta, sobre la que se retorcia una abundante y rebelde cabellera, Haikouma se sonrió y le hizo señal de que se acercase. Se diría que habia adivinado la causa de su tristeza.

—¡Qué fiesta tan magnífica, Sr. Meraut!—le dijo.

Y luego bajando la voz:

—Tambien os debo esto... Todo os lo debemos... y no sé cómo daros las gracias.

Era, en efecto, él quien con su robusta fé habia reanimado aquel apagado fuego, vuelto la esperanza á los desalentados, preparado el alzamiento que empezaria á obrar al dia siguiente. La reina no lo olvidaba, y nadie habia en la asamblea á quien hubiese hablado con aquella bondad deferente, aquella mirada de gratitud y de dulzura, allí, delante de todos, en medio del respetuoso círculo trazado alrededor de los soberanos. Pero Christian II se acerca y recobra el brazo de la reina.

—El marqués de Hezeta se halla aquí,—dice á Eliseo...—¿No le habeis visto?

—Señor, no le conozco.

—Pues sin embargo, dice que sois antiguos amigos,—mirad allí viene...

Este marqués de Hezeta era el jefe que, en ausencia del viejo general Rosen, debia mandar la expedicion. En el último golpe de mano del duque de Palma habia mostrado sorprendentes cualidades de jefe de partidarios, y si se le hubiera escuchado, la última escaramuza no hubiera tenido un fin tan desastroso. Cuando vió perdidos sus esfuerzos, y que el mismo pretendiente daba el ejemplo y la señal de la huida, el cabecilla, agoviado de laxitud y misantropía, se arrojó en plenas montañas vascas, viviendo allí al abrigo de infantiles conspiraciones,

falsas esperanzas, estocadas en el agua que agotan las fuerzas morales. Quería morir oscuro en su pátria, pero debia ser arrastrado aun una vez más á las aventuras por el realismo arrebatador del padre Alfeo, y la fama de bravura de Christian II. La antigua nobleza del partidario, su romántica existencia llena de destierros, de persecuciones, de hazañas brillantes, sus crueldades de fanático rodeaban al marqués José María Hezeta, de un interés casi legendario, haciendo de él el personaje de la reunion.

—Adios, Ely...—dijo adelantandó hácia Eliseo con la mano tendida, y llamándole por su nombre de niño, en el tiempo del cercado de rey... Sí, hombre, sí, yo soy... Es tu viejo maestro... El señor de Papel.

El frac negro, cargado de cruces y órdenes, y la corbata blanca no le cambian en nada, así como tampoco los veinte años que tenia de más, sobre su enorme cabeza de enano, de tal manera quemada por la pólvora y el viento de la montaña, que su vena frontal, tan horrible y tan característica, apenas se distinguia. Con ella, la terquedad realista parecia haberse atenuado, como si el cabecilla hubiese dejado en el fondo de su boina, arrojada por él al torrente al finalizar la campaña, una parte de sus antiguas creencias, de las ilusiones de su juventud.

Eliseo se quedó sorprendido al oír hablar á su antiguo maestro, que lo habia hecho lo que era.

—Ya lo veis, mi pequeño Ely.

El pequeño Ely tenia dos piés más que él de estatura, y casi casi tantos cabellos grises.

—Todo se va concluyendo; ya no hay reyes. El principio está en pié, pero faltan los hombres. No hay ninguno de esos desarzonados que sea capaz de volver á montar, y ni aun de desearlo... ¡He visto tanto, he visto tanto, durante la guerra!...

Una sangrienta nube invadió su frente, inyectó sus ojos, como atacados por una vision de vergüenzas, de vilezas, de traiciones.

—Pero todos los reyes no son iguales,—protestó Meraut;—y estoy seguro que Christian...

—Tanto vale el tuyo como el mio. Un niño que no piensa más que en divertirse... No hay una idea, ni señales de voluntad en sus ojos llenos de placer. Mirale, sino...

Y le señalaba al rey que entraba valsando, la frente húmeda, inclinada su redonda y pequeña cabeza sobre el desnudo hombro de su pareja, entreabiertos sus lábios con la tentación de apoyarse en tan excitantes formas. Aquella pareja, en la creciente embriaguez del baile, pasó cerca de ellos sin verlos tocándoles con su jadeante aliento; y como se llenaba de gente la galería para mirar á Christian, el primer valsador de su reino, Hezeta y Meraut, se refugiaron en el profundo hueco de una de las ventanas abiertas sobre el malecón de Anjou. Allí estuvieron largo tiempo entre el rumor y el torbellino del baile y la fresca sombra y el apacible silencio de la noche.

—Los reyes no creen ya, los reyes no quieren. ¿A qué comprometernos por ellos?—decía Hezeta con tono feroz.

—Vos creéis eso... y sin embargo, partís.

—Parto.

—¿Sin esperanza?

—Una sola... La de hacerme romper la cabeza, mi pobre cabeza que no sé dónde colocar.

—¿Y el rey?

—¡Oh! me tiene sin cuidado.

¿Quería, acaso, decir con esto que Christian no estaba aún á caballo, ó que, semejante á su primo el duque de Palma, sabría salir siempre salvo de la batalla? El no se explicó más.

A su alrededor continuaba el baile en locos torbellinos, pero Eliseo le veía ahora á través del desaliento de su viejo maestro y sus propias desilusiones. Sentía una inmensa piedad por toda aquella valerosa juventud que tan alegremente se preparaba para ir á combatir bajo las órdenes de jefes desengañados; y entonces la fiesta, en confuso movimiento, su velada, luces, todo

desaparecía para él en el polvo de un campo de batalla, en la desastrosa mezcolanza de donde se recojen muertos desconocidos. Por un momento, para huir de aquella siniestra visión, se inclinó sobre el apoyo de la ventana, hácia el desierto malecón, sobre el que el palacio lanzaba grandes cuadrados luminosos, prolongados hasta el Sena. Y el agua que él escuchaba, tumultuosa y atormentada en aquella punta de la isla, mezclando el ruido de su corriente y de sus furiosos remolinos contra el arco de los puentes, á los suspiros de los violines, á las desgarradoras quejas de las guzlas, tan pronto saltaba á golpes como los sollozos de un corazón oprimido, como se derramaba á grandes espumosos borbotones, como la sangre de una ancha y profunda herida...